

«Quien no conoce la aventura se lanza a ella con jolgorio, hasta que descubre su lado oscuro»

Arturo Pérez-Reverte Novelista

Publica 'Revolución', donde sitúa a un ingeniero español en el México insurgente de Pancho Villa y Francisco Madero

CÉSAR COCA



«Es muy raro que una revolución se pueda hacer sin violencia». Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) dedica su última novela a «la primera gran revolución del siglo XX», la mexicana, en la que los pobres combatieron a los de arriba con un resultado estremecedor cualitativamente: quienes pactaron con el poder se corrompieron y los idealistas que no lo hicieron fueron asesinados. Y en lo cuantitativo hay una cifra que lo dice todo: murieron alrededor de 1,5 millones de personas, el 10% de la población. En ese conflicto caótico y sangriento, el novelista ha situado en 'Revolución' (Ed. Alfaguara, ya en las librerías) a un personaje de ficción, un joven ingeniero español que se suma a la insurgencia al principio de una forma un tanto casual y termina convertido en uno de los hombres de confianza de Pancho Villa. Alguien que se juega la vida apoyado en una única convicción: «Soy alguien que mira», dice.

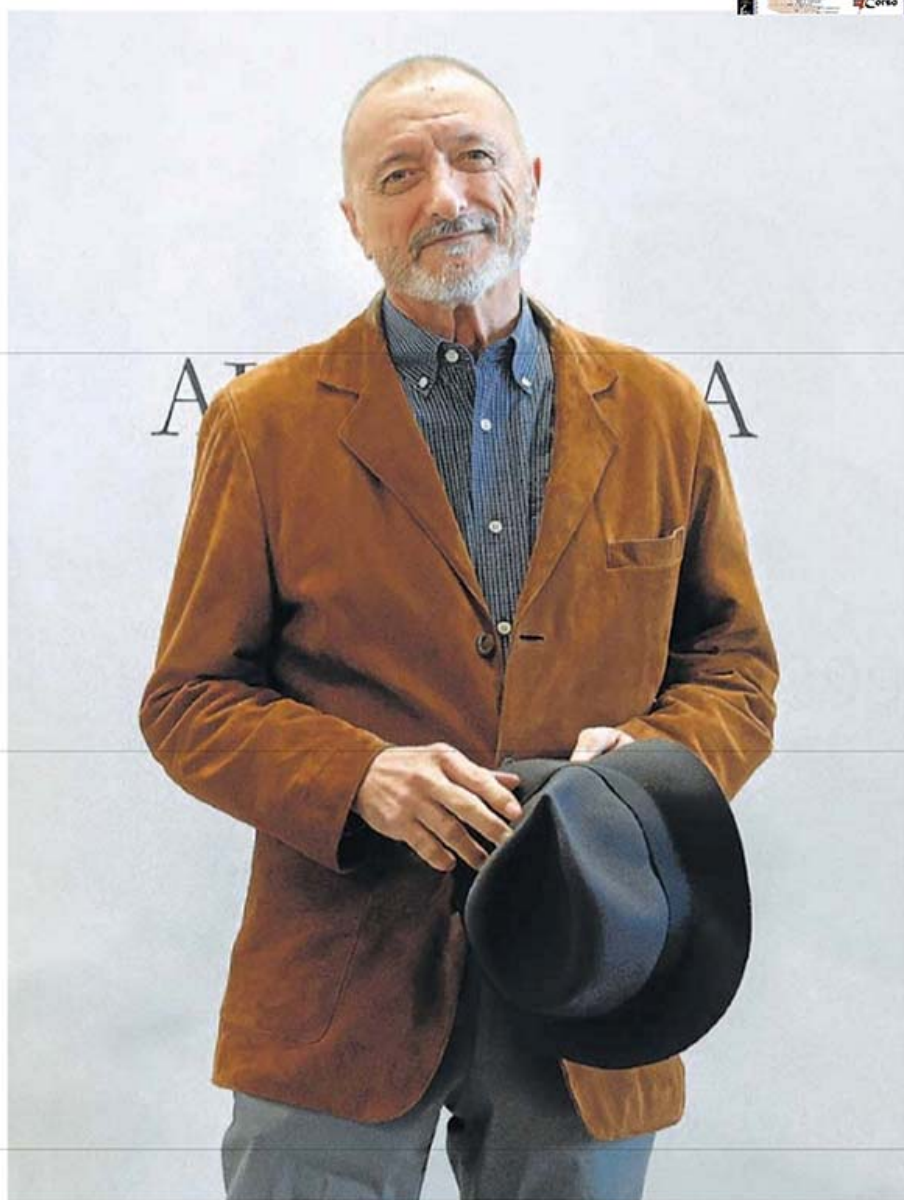
— Esta es otra historia que lo ha acompañado desde la infancia. ¿Esa infancia es también para usted el gran filón de temas?

— Lo es sobre todo cuando has tenido la suerte que tuve yo, de nacer en una familia con dos muy buenas bibliotecas. Así que, en esos años en que un ser humano se forma, entre los 5 y los 16, las historias me llegaban de los libros y de lo que se contaba en casa.

— ¿Y en casa le contaron lo de México?

— Allí supe que uno de mis bisabuelos, que era ingeniero, tuvo un compañero de estudios que se fue a trabajar a una compañía española que explotaba una mina en el norte de México en esos años. Y desde allí escribía contando cosas del país, la revolución, Pancho Villa y otros líderes. A partir de ahí fui acumulando material durante décadas.

— ¿Por qué eligió a Villa y no a Zapata como personaje?



Arturo Pérez-Reverte, fotografiado antes de la entrevista. EFE

nia que quedarme con uno de ellos para que el ingeniero español estuviera a su lado. Zapata era un indio del sur, melancólico y triste. El norte era más vital, así que daba más juego, sin perder de vista que la revolución empezó en el norte.

— Usted ha dicho que el personaje de Martín Garret, el ingeniero español, es el más próximo a usted. Pero hay otros cuya biografía le es más cercana...

— Lo que resulta más próximo es su mirada. Esta es una novela de aprendizaje y en ese proceso hay un mecanismo que es el de mi

OTRO TIPO DE PERSONAJE

«Mis héroes tienen una mirada fatigada, están de vuelta. En cambio este está aún en el camino de ida»

— Aquí su héroe es más joven y está menos de vuelta de todo. — Es cierto, en general mis héroes tienen una mirada fatigada, mientras que este está aún en el

REALIDAD HISTÓRICA

«Unos pactaron con el poder y se corrompieron y otros no lo hicieron y fueron asesinados»

mueven la vida. Por eso el Martín que termina la novela no es como el que la empieza. No sería un revolucionario idealista, sino una cabeza técnica que per-

romántico porque eso me estropeaba la evolución del personaje. El sigue en la revolución porque le fascina lo que ve, no porque sea un revolucionario. Cuando yo estuve en esos sitios, en muchas guerras y revoluciones, estaba como testigo. Eso te da frialdad y ecuanimidad a la hora de ver las cosas. Eso es lo que quería para mi personaje.

— Algunos personajes de la novela hablan de la adicción al riesgo. ¿Por qué necesitamos algo así? ¿Por qué hay tanta gente con esa adicción?

— No es el caso de Martín, pero sucede. Cuando uno no conoce la aventura se lanza a ella con jolgorio, hasta que descubre su lado oscuro.

— La mexicana fue una revolución muy violenta. Y no es que devorara a sus hijos, es que muchos de sus líderes fueron asesinados.

— Fue la primera gran revolución del siglo XX, con los pobres combatiendo a los de arriba y sentándose con ellos durante un tiempo. Hasta que fueron secuestrados, como siempre ocurre. Hubo unos que pactaron y se corrompieron y otros que no lo hicieron y murieron. Así está México, sin haber evolucionado apenas, con caciquismo y corrupción.

La violencia inevitable

— Y violencia. México es así, dicen muchos personajes resignados ante una orgía de sangre.

— El mundo es un lugar violento, y México muy especialmente porque en esos años hubo muchos fusilados. Es algo que no se entiende bien desde fuera, porque es difícil ver la injusticia, el hambre acumulada, el rencor... Es muy raro que una revolución se pueda hacer sin violencia.

— Sus personajes hablan con numerosos coloquialismos mexicanos. ¿Ha sido la parte más difícil del trabajo?

— Quería una novela escrita en blanco y negro, en la que se oye hablar a los personajes. Yo he estado en México muchas veces y conozco los coloquialismos actuales, pero los de entonces eran otros. Por eso he leído numerosas novelas de la época, que registran el habla popular y también la manera culta de decir las cosas en esos años. Fue un trabajo minucioso y duro, pero sin ello la novela no habría funcionado. Al acabar la envié a un amigo de allí que me hizo unas pocas correcciones, y con eso ya quedé tranquilo respecto del lenguaje.

— Aquí los personajes reales tie-

y además son muy conocidos por otras novelas y películas. ¿Eso ayuda a construir el relato o lo hace más difícil?

— Las películas son en general bastante malas, así que eso no me sirvió de mucho en ningún sentido. Por eso tuve que acudir a biografías y memorias, y de ahí tomé elementos para acercarme a esos personajes con realismo. El Pancho Villa que yo dibujo es real, era así en sus gestos, su manera de vestir, su forma de hablar. Luego, se trataba de que eso no sonara impostado.

— ¿Ha sido muy difícil mezclar esos personajes tan célebres con los de ficción?

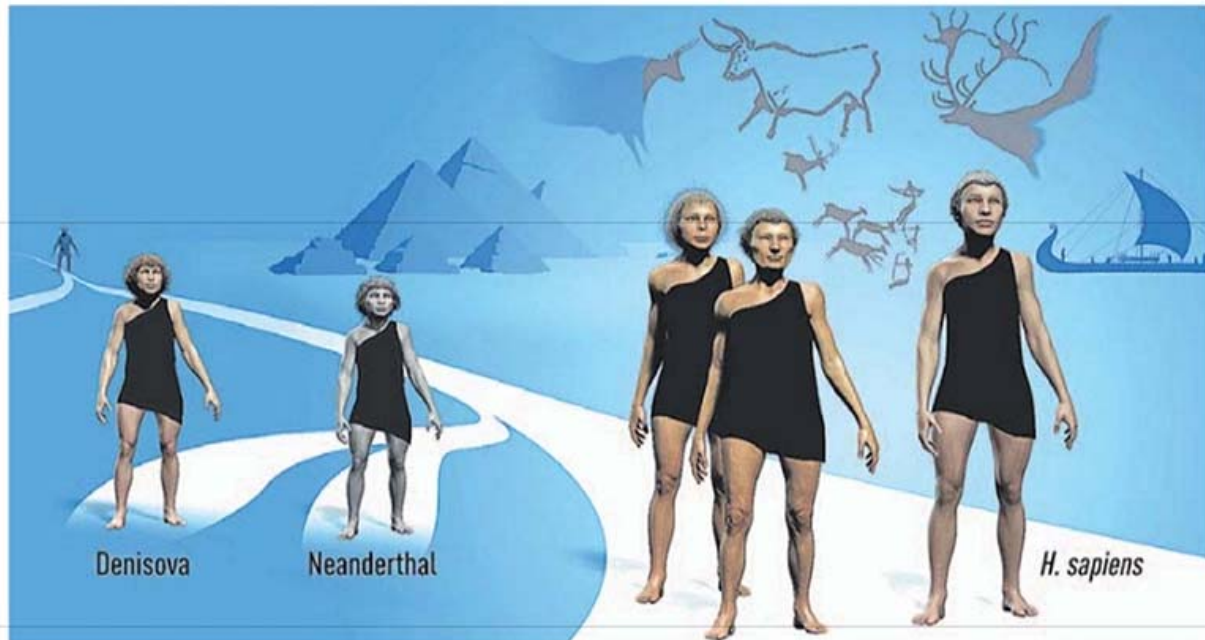
— En realidad, solo hay dos personajes reales con una presencia relevante, Villa y Madero, y algún otro con muy poco papel. Me siento orgulloso de que el lector no sepa exactamente cuáles son reales y cuáles no.

— ¿Le han servido para algo relatos de cronistas célebres que estuvieron allí, como John Reed, o su implicación termina por sesgar el relato?

— Yo no soy neutral en esta historia, tengo mi mirada y el protagonista tiene la suya. Sé con quién tengo que estar. Dicho eso, Reed me ha servido para algunos detalles de ambiente pero poco más porque él estaba muy vinculado a la revolución, como le pasó luego en la rusa. Por eso me han sido más útiles periódicos de la época con entrevistas y retratos de los personajes. Con ese material he podido contrastar los arrebatos ideológicos de unos con los de otros.

— La última escena transcurre en el hotel Palace de Madrid, donde usted presenta siempre sus novelas y concede entrevistas, como esta misma. ¿Es un guiño a sus incondicionales?

— Lo es. La novela está llena de guiños personales. Por ejemplo, hay una periodista estadounidense destacada en México que se llama Diana Palmer, como la novia del protagonista de las historietas de 'El hombre enmascarado'. Con ocho años yo estaba enamorado de ella. Y el caballo de Martín se llama 'Láguena', que es una bebida que toman los mineros de La Unión. Como esos, hay muchos más y los lectores avisados los irán descubriendo.



Pääbo descubrió que los humanos modernos, 'Homo sapiens', tenemos genes de los denisovanos y los neandertales. MATTIAS & KARLÉN

El genetista de los orígenes humanos, premio Nobel de Fisiología o Medicina

Svante Pääbo dirigió el equipo que secuenció el genoma neandertal y descubrió que nos mezclamos con ellos y los denisovanos

LUIS ALFONSO GAMEZ



BILBAO. «Desde una perspectiva genética, todos somos africanos, residamos en África o en el reciente exilio», dijo Svante Pääbo el 12 febrero de 2001 cuando se presentó el genoma humano. El biólogo sueco dirigió años después el equipo que secuenció el del neandertal y, al comparar ambos genomas, demostró que todos los humanos no africanos somos un poco neandertales —entre el 1% y el 4%— como conse-

cuencia de una hibridación que tuvo lugar poco después de nuestra llegada a Eurasia, hace unos 70.000 años.

Svante Pääbo (Estocolmo, 1955) fue galardonado ayer con el premio Nobel de Fisiología o Medicina «por sus descubrimientos sobre los genomas de los homínidos extintos y la evolución humana». Director del Departamento de Genética del Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva, su trayectoria incluye avances que, según la Academia Sueca, parecían «imposibles», como la secuenciación del genoma neandertal y la identificación de una especie humana, los denisovanos, a partir del ADN de un hueso encontrado en una cueva del sur de Siberia.

Pionero de un nuevo campo de investigación, la paleogenómica, sus hallazgos «proporcionan la base para explorar lo que nos hace exclusivamente humanos»,

unos seres capaces de crear culturas complejas, conquistar casi todos los ecosistemas y fabricar herramientas. Gracias a Pääbo, sabemos que portamos genes de al menos los neandertales y los denisovanos, dos parientes cercanos extintos con los que nuestros antepasados se encontraron tras salir de África. Aquellos encuentros sexuales prehistóricos tienen consecuencias hoy: genes de esas especies afectan a cómo reacciona nuestro sistema inmunitario a las infecciones.

Hijo de la química estonia Karin Pääbo y del bioquímico sueco Sune Bergström —que compartió el Nobel de Fisiología o Medicina con Beng Samuelsson y John Vane en 1982—, desde sus inicios como investigador le fascinó la posibilidad de aplicar la tecnología genética al estudio de los neandertales. Pronto se dio cuen-

ta de que el reto no era fácil, ya que el ADN se degrada con el paso del tiempo. Superó el desafío.

Tras ser contratado en 1990 por la Universidad de Múnich, centró sus esfuerzos en el ADN mitocondrial de los neandertales, que está en las mitocondrias y tiene solo 16.000 pares de bases. Es muy pequeño y, como está presente en miles de copias, aumentan las posibilidades de éxito a la hora de recuperarlo. Lo tuvo y desde entonces no ha dejado de refinar sus métodos.

Sus estudios han permitido precisar que el último antepasado común de neandertales y 'Homo sapiens' vivió hace unos 800.000 años e identificar al primer híbrido humano; la hija de una neandertal y un denisovano que vivió hace más de 50.000 años en Siberia central y murió cuando tenía unos 13.



Svante Pääbo

Ja!

www.jafestival.com

EL PERSONAJE OCULTO

Me oculto no solo por los acreedores. En armonía con el juego, estoy de incógnito. Les propongo este concurso cultural que patrocina EL CORREO. Se desarrollará desde hoy hasta el próximo domingo. Sus reglas las tienen al pie.



PRIMERA PISTA:
El personaje vive en Nueva York.